

Nos encontramos con un conceptismo más acusado, explicitado en una síncope narrativa, en la eliminación de una serie de elementos adjetivos, en la síntesis sustantiva de esas vivencias, pero sin que ello implique una pérdida de personalidad en su voz, en su peculiar discurso; quizá haya más personalismo, más melancolía y ahondamiento lírico, pero sin perder el sustento temporal de su palabra, ni el sentido abiertamente crítico de toda su obra. Es más, éste se va a acentuar en sus últimos poemas, llegando a una poesía de punzante y abierta ironía, que adquiere forma de parábola o de apólogo. Apólogos y parábolas que ya se apuntaban en libros anteriores (como sucede con los poemas «Mundo de araña» y «Los cuervos»), y que ahora —en las glosas de Catulo o en las paráfrasis de determinados textos— se patentizan de modo más directo y descarnado.

Realmente, la poesía de Lázaro Santana ha ido consiguiendo una unidad intencional fuera de toda duda; una unidad que el poeta ha cultivado y ha ido matizando con notoria eficacia. Pero sucede que en «Efemérides» nos tropezamos también con su más evidente limitación: el sentido de paréntesis, de aislamiento, que tienen algunos poemas, rompedores de esa vertebración sólida que podía tener su obra. Por eso decía al comienzo si lo que esta antología nos muestra es un decidido propósito de continuidad, una clausura de un ciclo, y el anuncio consiguiente de una nueva etapa; o, si, por el contrario, hemos de verlo, sólo, como una especie de reconciliación con un silencio que ya se alargaba demasiado. No únicamente suyo, sino de toda una generación de poetas que durante los años sesenta hicieron concebir muchas esperanzas, y cuyos frutos aún no podemos decir que nos hayan sido dados. ■ JORGE RODRIGUEZ PADRON.



Antonin Artaud.

Artaud y el cine

Hay opiniones y teorías que nos interesan menos por sí mismas que porque ayudan a configurar la personalidad de aquel que las ha formulado. Este es el caso del pensamiento de Antonin Artaud sobre el cine, recogido ahora por Alianza (1) a partir de los tomos III y IV de sus obras completas y en traducción del director español Antonio Eceiza. Artículos, críticas, entrevistas, cartas, sinopsis, presentaciones de programas, conforman el todo conjunto de este libro, una vez que Artaud no escribió ningún texto que expresara con plenitud y definitivamente su postura ante el hecho cinematográfico. Es decir, no hallamos en este terreno un cuerpo teórico como el que, cara a otro medio de expresión, significa «El teatro y su doble». Sólo, dispersos aquí y allá, fragmentos aislados, ideas sueltas, que —insisto— importan más en cuanto que es una figura tan apasionante como Artaud, quien las propone, que por el valor intrínseco de las mismas.

(1) «El cine», colección de textos de Antonin Artaud. Alianza Editorial, colección El libro de bolsillo número 490. Madrid, 1973.

Mostrando muchos puntos comunes con las teorías filmicas de la vanguardia surrealista de los años veinte —de la que más tarde se separaría virulentamente, Artaud participa, aunque con matices diferenciales de una consideración del cine como algo semimágico, extranatural, que abjura de cualquier posibilidad realista o psicológica tradicional en beneficio del tratamiento de lo psíquico, de lo fantasmagórico, de cierta irrealidad situada más allá de la conciencia. En su texto, que estimo más definitorio, «Brujería y cine» —publicado un año después de la muerte de Artaud, en 1948—, viene expuesto así: «Me parece que el cine está hecho, sobre todo, para expresar las cosas del pensamiento, el interior de la conciencia, y, ciertamente, no por el juego de las imágenes, sino por algo más imponderable que nos restituye con su materia directa, sin interposiciones, ni representaciones (...). Si el cine no está hecho para traducir los sueños o todo aquello que en la vida despierta, se emparenta con los sueños, no existe».

Lo lastimoso es que Artaud no pudiese llegar a verificar nunca estas propuestas teóricas. Su contacto práctico

con el cine se limitó a escribir el guión de «La coquille et le clergymán», de Germaine Dulac (1927) —realización que desautorizó por estimarla «exclusivamente onírica», y a pequeños papeles de actor en films como «Fait-divers» de Autant-Lara, «Napoleón» de Gance, o «La pasión de Juana de Arco» de Dreyer. Ni siquiera llegó a cuajar una sección fija de crítica cinematográfica que ofreció a la «Nouvelle Revue Française», dentro de la que publicaría un excelente —e insólito para 1932— trabajo sobre los Hermanos Marx. Es éste uno de los textos relevantes de la edición de Alianza, que hubiéramos deseado más cuidada en el sentido de ir insertando tales escritos dentro de la trayectoria global de Antonin Artaud. ■ FERNANDO LARA.

Gila, precursor y permanente

Ahora que se habla del «boom» del humor —del humor del dibujo y la breve frase— conviene recordar que Gila fue el primero. El que trajo las gallinas que ahora ponen huevos de oro. Gila, con sus increíbles paletos superrealistas, con sus relatos de guerra, con su comparsa en teatros, salas de fiesta, discos, radio... Rompía entonces una cáscara de conformismo y temor, y una línea de humor abstracto inevitablemente evasivo, en el que eran maestros dos grandes escritores-dibujantes: Tono y Mihura, y entraba por primera vez en el meollo de la cuestión, sin italianismos ni britanismos: en un fondo de España que podía encontrarse en la antigua novela picaresca, en los Don Pablos y los Lazarillos y los Guzmanes de Alfarache, y en los «graciosos» toscos y profundos del teatro español del que han salido personajes eternos como Sancho Panza (situado en el Quijote en la misma fórmula de equilibrio y contrapunto de los «graciosos»).

Una picaresca que no cesa.

Abrió camino Gila. Pueden seguirse sus huellas en los grandes de hoy; no habría, por ejemplo, Forges, si no hubiese habido Gila. Y este precursor sigue siendo uno de los grandes. Acaba de publicarse (Ediciones 99, Madrid-Barcelona, 1974) «El libro rojo de Gila», en el que se recogen sus últimos dibujos y algunos de sus textos. Es una carcajada continua. Y un continuo motivo de reflexión: los dos elementos que se le pueden exigir al humor como muestra de su máxima calidad.

«El libro rojo» está dividido en ocho partes, con sus títulos de jerga actual: «Sobre la lucha por la causa», «Sobre el campesinado», «Sobre pobres y ricos y la lucha de clases», «Sobre la dialéctica de la violencia», «Sobre la transformación de la materia, es decir, sobre la muerte», «Sobre la estructura religiosa», «Sobre la esperanza de las nuevas generaciones» y «Sobre el mundo en general y sobre la muerte en particular». Transcurren por estos capítulos los grandes personajes de Gila: soldados, curas, paletos, niños, mendigos, capitalistas, maridos y mujeres, hijos y padres... Ojillos enormemente expresivos, barbas cerradas; situaciones —claro— dialécticas. Un humor siempre comprometido, en la brecha.

Gila vive ahora habitualmente fuera de España, pero su gracia se canaliza por «Hermano Lobo», semanario en el cual están publicados parte de los dibujos y de los textos que forman ahora este volumen, bien editado, bien cuidado, que puede ser un «best-seller» rápidamente. ■ POZUELO.

Los alumbrados

No debe quedar sin comentario este libro por Antonio Márquez y publicado por la editorial Taurus.

Se trata de uno de los libros más apasio-

nantes leídos por mí en este año.

Libro difícil de describir por la confusión creada en torno a este fenómeno religioso típicamente español, que constituyeron los «alumbrados». Y además porque parecería a primera vista que un libro tan documentado ha de resultar de pesada lectura.

Sin embargo, el autor ha conseguido superar ambos escollos y darnos un buen libro en todos los sentidos.

La verdad es que los pequeños grupos de alumbrados que existieron en un período muy breve de nuestra Historia, doctrinal y espiritualmente, tienen una gran importancia, y tuvieron «en jaque a la ortodoxia imperial desde Valdés hasta Molinos».

Con un paciente trabajo, el autor ha podido desvelar la maraña en torno a estos grupos espirituales, y hoy, gracias a él, podemos darnos cuenta de las interesantísimas posturas de estos españoles.

Tienen mucha semejanza con la filosofía de la vida, manifestada por los orientales partidarios de la meditación hindú o del budismo Zen. Son gentes sumamente morales y libres, con un planteamiento muy parecido a la ética anarquista en algunos aspectos. Son serenamente anticlericales, y basan toda su orientación religiosa en la experiencia humana profunda. Su planteamiento experimental de Dios se acerca mucho a las posturas de la filosofía de algunos neopositivistas lógicos y partidarios del análisis del lenguaje.

En general, la Inquisición no les condenó a muerte y nunca pudo demostrar ninguna licencia sexual entre los alumbrados. La aspiración suprema a que tienden es a llegar a una «espotancidad absoluta». Aunque critican a la Iglesia, no la abandonan. Tampoco cayeron nunca en milagrerías ni visiones o revelaciones.

Entre sus ideas curiosas, está la de que «no hay infierno, y si dicen que lo hay es por espantarnos, como di-